

Méjico, 6 d Junio de 1859.

De las casas de los muertos bueno ha de ser, mi Bibiana, que pasemos á las habitaciones de los vivos, donde hay muchísimas cosas que notar, y bastantes ejemplos que recibir.

Hay en la corte un sin número de casas de todas especies y condiciones, y procuraré darte á conocer las que pueda, á cuyo fin será bueno clasificarlas del modo siguiente. Casas aristócratas ó de buen tono; casas de medio pelo ó de la clase media y casas de la democracia ó del pueblo, aunque cada una de estas tres grandes porciones tiene una ramificación inmensa, una subdivisión infinita, que es necesario despreciar, porque sería interminable su descripción y reconocimiento.

Comenzemos por las primeras en las cuales debemos incluir las de los grandes capitalistas, siempre que no sean avaros, las de los agiotistas siempre que no estén en quiebra; las de los embajadores, siempre que no sean económicos, las de uno ú otro comerciante que quiere parodiar á los capitalistas; la de uno ú otro extranjero que quiere deslumbrar con su lujo; y las de uno ú otro empleado de alta gerarquía que quiere encubrir con las alfombras y espejos los miserables prorateos que saca á la madre patria el día que el tesoro está de gorja.

Estas casas, en su mayor parte, presentan un frontispicio demasiado elegante, como que para trabajarlo se han quemado las pestañas los mejores discípulos de la Academia ó algun arquitecto venido de *estrangis* con todo y sus diseños, fabricados por otras manos, pero que él hace creer son de las suyas y de su pluma. Otras hay que tienen una portada tan poco recomendable que si no es cuando se ha penetrado al interior, no se percibe la elegancia y el buen tono de la casa. Pero en todas ellas se comienza por encontrar como mueble de lujo, y al mismo tiempo de primera necesidad, un portero de séria catadura, que recibe con cuanto desagrado puede á todo el que no es de los íntimos de la casa, ó no va acompañado de un traje hecho por los sastres mas afamados de la corte; que ante los tales, y mucho mas si se apean de una dorada carroza, ó de un elegante tilbury, se dobla como una caña de trigo al soplo del viento, aquel humano cancerbero.

Vencida esa dificultad viviente, se penetra en un patio adornado de cuatro ó cinco jarrones de mármol, de tal cual fuentecilla llena de tritones ó delfines, y llega el visitante á una escalera de preciosos mármoles, aunque las mas veces estrecha é incómoda, como el camino del cielo. Corredores angostos como alma de pícaro; pero mas limitados todavia con las macetas de porcelana en que se cultivan raquífticas flores, son los que conducen á las



elegantes y *comfortables* habitaciones de aquellos hijos de la civilizacion.

Las puertas están cubiertas de transparentes cristales y de cortinas llenas de adornos de latón ó de madera dorada. Velludas alfombras, espejos colosales, cuadros soberbios, retratos favorecidos, muebles de última invencion, tapices de seda y oro, y el indispensable piano, y los mullidos confidentes, y los cómodos sillones, y los mas cómodos taburetes: he aquí el contenido de una sala. Un santo, un cuadro religioso, no tiene allí cabida, porque su lugar está ocupado por una odalisca próxima á tomar un baño bajo la sombra de los sauces que se mecen á las orillas de un río; ó por la bañadora de Victor Hugo; ó por las bayaderas de un serrallo; porque cualquiera de estas pinturas revela mucha mas civilizacion que un pobre fraile de habito roto y de cara macilenta. Lo que son los santos, por muy buena que sea la pintura pasan á ser dominio de la recamarera ó del portero, que como gente de baja estofa son los únicos á quienes alcanza la obligacion de encomendarse á uno de los amigos de Dios. Cuando mucho se tiene uno ú otro cuadro con la firma de Rubens ó de Pablo Veronés, pero no como objeto de devocion sino de ostentacion, y para poder decir que costó dos ó tres mil pesos; aunque muchas veces son tan auténticas las firmas como los autógrafos, que suelen comprar los viajeros, y que acaba de fabricar el primer chalan que se presenta.

En esas casas se ve el mas asombroso fausto, y compasion dá muchas veces pisar con los innobles zapatos aquellas felpudas alfombras, ú oprimir con ambas posaderas el terciopelo y el brocado de que estan cubiertos los muebles; y si despues de eso se echa una mirada al origen de tanto lujo, si se medita un poco que muchas familias han tenido que contribuir con sus lágrimas, con su honor quizá, á la magnificencia de aquellos salones, mucha mas lástima dá profanar semejantes reliquias.

Hay por lo comun otra pieza destinada á recibir las visitas ordinarias, tanto porque la sala principal está reservada ó para las grandes fiestas ó para las grandes personas, cuanto porque no es bueno que sean notadas las emigraciones repentinas que una revolucion financiera puede ocasionar, y como siempre lo de mas estimacion y valia se encuentra en la sala, es lo que se procura cuidar de los estragos del uso para un caso ofrecido, y por eso se le tiene siempre cubierto con forros de indiana ó de cosa de poco valor.

Llegan las exigencias del sibaritismo en esas casas hasta tener en una misma pieza todo lo necesario, ya para darse un refrigerante baño, ya para satisfacer algunas necesidades naturales sin molestarse en salir al aire y dar tres ó cuatro pasos fuera de la habitacion. Esto lo hizo discurrir la débil y achacosa salud de los magnates, que desde que llegan á esa grado de comodidades, ya todo les perjudica ó les molesta, porque seria muy plebeyo un rico á prueba de elementos. Así es que aun cuando muchas veces son hombres que pasaron la vida en los caminos tras una enclenque mula, ó detras del mostrador vendiendo azafran, hoy se sienten indispuestos si un rayo de luz pasa por entre cristales á la hora que estan durmiendo.

Si la aristocracia tiene todos esos deliquios, no le va en zaga la clase media, por cuanto ha creído que por alguna parte debe comenzar á imitar las maneras de la clase suprema: ya que tiene precision de adornar una sala con alfombra del país, con muebles heterogéneos, con cuadros de brocha gorda, con floreros de Tescoco y con un reloj del Norte, cree que no debe omitir la delicadeza en la complexion y los humos en el carácter. Así es que, salvas las diferencias que hay entre muebles comprados en un remate ó mandados hacer á un maestro baratero, y muebles traídos de Paris ó comprados en la casa de



Croissé, por lo demas se encuentran las mismas pretensiones, los mismos deseos de deslumbrar á los visitantes.

A proporción que los recursos de la familia van disminuyendo en la escala de las entradas, así tambien váse notando la diferencia en todo el menaje de las casas, hasta venir á encontrarse los desairados muebles de la calle de la Canoa, llenos de oro como los calabazates de Querétaro, y mas rasposos que las casas de tezontle.

Tambien el edificio comienza á degenerar, porque ó bien es una casa sola pero llena de incomodidades, como la vida de un pobretón, ó bien es una vivienda ocupada en alguna de las muchas casas de vecindad, donde se juntan y congregan gentes de los cuatro mil naciones y de distintos idiomas y costumbres.

A la clase democrática están reservadas las que en todo rigor se llaman aquí casas de vecindad, pues las que ocupa la clase media, en tanto llevan ese epíteto, en cuanto á que hay dos ó mas habitaciones que ocupan otras tantas familias; pero las otras son un verdadero pueblo, una colonia de los Estados-Unidos, una congregación de mas de doscientas personas, desde el empleado subalterno hasta el industrial nocturno: desde la alegre costurera, hasta la que tiende la mano á todo transeunte en demanda de una contribucion directa.

Si la casa del millonario asombra por su lujo, la casa de vecindad asombra y pone miedo por su incuria y su abandono; habiendo algunas en que la vida de los habitantes es un milagro cotidiano, puesto que sabe sobreponerse á las emanaciones infectas del patio, de las cloacas y de las habitaciones mismas.

Ninguna de esas casas tienen otra cosa que un patio largo y sin ventilacion, á cuyo rededor se encuentran unos tabucos que tienen el mal nombre de cuartos. Estos tienen por pavimento unas vigas que presentan mé-

nos consistencia que las muelas de una anciana: sus paredes son amarillas por lo comun á causa del humo del carbon, puesto que allí se hace cocina, sala, recamara, comedor y oficina tributaria: debajo de las vigas y á mé- nos de una vara se encuentran las aguas de los lagos que rodean á Méjico, ó si no son las aguas es una tierra provista de toda clase de sabandijas. Esto, y el dormir en cada zaquizamí diez ó doce personas, un gato, dos perros, cuatro gallinas y el indispensable lorito, me parece que basta para que los tales cuartos se consideren en justicia como la caja de Pandora de esta civilizada corte.

Porque debes saber que aquí lo que se procura por los dueños de las casas es hacer el mayor numero de cajones de piedra y mezcla, ó adove y lodo para empaquetar el mayor número de inquilinos y poder embaular el mayor número de pesos. Nada importa que un cuarto no reciba luz ó aire sino por un ventanillo que está platicando con el techo, y que así dá paso á un endiablado ventarrón como á un chubasco gordo: ni fijan la atención en que las paredes viertan agua ó insectos, y les vigas arañas y polilla; lo que se necesita es que el inquilino pague tres pesos y dé fiador, y renta adelantada, y haga una obligacion de dar hasta la lengua el dia que se atrase con la renta. Todo lo demas no es de cuenta del propietario.

A falta de espacio por los lados, porque estos están ocupados por otros cuartos, hay capacidad bastante á lo alto, porque á lo ménos se puede contar con unas tres varas y media, y se necesitaria ser gigante para darse un golpe en la cabeza con el techo. Mas si este peligro no existe, hay el de que los inquilinos que viven sobre esos cuartos bailen y brinquen á toda hora y hagan llover sobre los pobres inferiores mas calamidades que una revolucion sobre los pueblos; porque cuando el propietario vé que ya el terreno ha desaparecido debajo de



los cuartos, hace desaparecer estos debajo de las viviendas, y estas mas tarde serán oprimidas por otras mas, hasta que se eleven los edificios como la torre de Babel, á la que han dado en imitar, á lo ménos en la confusión de lenguas de todos los que viven en ellos.

Ahora, como en la corte el pensamiento dominante es el de reunir el mayor número de gentes en el menor espacio posible, los que no pueden pagar una renta mayor van á ocupar esos chiribitiles, en donde tiene cabida el pobre cesante ó jubilado que sacrificó sus mejores dias en el servicio de la patria, el retirado lleno de honrosas cicatrices, y lo mas abyecto que la sociedad encierra en su seno, dándose muchas veces el caso de estar pared de por medio la inocencia ó la desgracia, con el crimen ó la prostitucion. De aquí resultan esos chismes eternos que ocupan las siete octavas partes de los juzgados menores; de aquí salen las riñas entre los padres de cuatro ó cinco muchachos desnudos, que en sus horas de *asoleo* se rompieron la cabeza, á falta de una escuela en que ir á aprender á leer; de aquí una multitud de borracheras en las que suelen tomar parte, para corregirlas, se entiende, los agentes de policia; y de aquí, en fin, salen para los establecimientos públicos, porque tambien los hay en la corte, esas desgraciadas mugeres que encubren bajo el almidon y los olanes toda su degradacion fisica y moral.

Las casas de buen tono están en proporcion con las de la clase media como de uno á ciento, y respecto de las de la infima clase, como de uno á diez mil. Echa la cuenta de lo que es la miseria en esta tierra bendita.

Yo no debí hablarte de esto, supuesta mi intencion de darte á conocer únicamente lo que es la vida *fashionable*; pero no pude resistir al deseo de hacerte descender á ciertos conocimientos que están muy léjos del buen tono, que son un contraste marcadísimo de la vida elegante; pero que elaman á grito herido contra esa indor

lencia de los que pudiendo mejorar un poco la situacion de estos infelices nunca procuran tenderles una mano compasiva. Mas como yo no soy predicador, y aunque lo fuera, la cuaresma ya pasó, dejo este punto y paso á otro que sea ménos desagradable. Adios.—*Caralampio.*



Méjico, 9 de Junio de 1859.

Si en la casa de los millonarios se encuentra un lujo asombroso, si en las alcancias de la clase media se ve una visible parodia de las modas aristocráticas, y si en los tabucos de los pobres se nota un recuerdo de la arca de Noe, solo en cuanto á la poblacion y no respecto de sus dimensiones, hay otras casas que no obstante pertenecer á un Señor sobremanera rico y poderoso, están mas desnudas que un filósofo, y mas abandonadas que una familia con viruelas. Esas casas, que en otro tiempo bien podian llamarse el depósito de cuanto bello producía el arte, hoy apenas conservan un mezquino vestigio de lo que fueron, y no porque el dueño haya quedado á medios prorateos como los empleados de la nacion, no tampoco porque se haya metido en especulaciones ar-

riesgadas lo que puede llamarse su propiedad; pues ademas de que está muy léjos del comercio humano, siempre permanece tan rico como ántes; pero es el caso que validos algunos de esa inmensa riqueza, á cada momento lo ocupan y lo despojan de todo lo que algo vale, so pretexto de que de nada necesita; y por eso cada dia vemos que sus habitaciones se van convirtiendo en tristes soledades, no faltando entre ellas una que haya sido habilitada de biblioteca que nadie visita, y otras en cuartel que no tienen soldados. ¡Como ha de ser! Ya de santos nos darémos con que las cosas sigan aunque sea así, pero mucho me temo, segun los deseos de los importadores de la ilustracion, que llegue un dia en que ¡digan los que nos sigan en la vida: “Aquí estaba una magnífica y suntuosa casa, donde el dueño de ella, á pesar de la ingratitud de los hombres, se presentaba á todas horas á escuchar las quejas de los pobres y á socorrerlos liberalmente; pero los filántropos, en su sistema de perfeccion de la sociedad, desterraron de aquí á ese protector de los pobres, ocuparon su casa y la sustituyeron con un museo, con una lonja, con un bazar.”

A mil consideraciones pudiera llevarnos la vista de esta casas; pero como yo soy incapaz de filosofar, y eso no por falta de ganas, sino de tamaños, me contentaré con esta simple indicacion, reservaré dentro de mi magin todo lo que me ocurre, y pasaré, ya que de casas tratamos, á darte una idea de otras dignas de conocerse; porque aun cuando no son exclusivas de la corte, aquí están sumamente perfeccionadas y llevadas á un grado tal de adelanto, que ya mas no se puede apetecer. Estas casas son las que llamamos *Mesones*.

Se dice que sirven para recibir *propter retributionem* á todo pobre peregrino que abandona su casa, su muger y sus intereses, ya por razon de negocios, ya por motivo de una mala vecindad, ó ya en fin por causa de un paseo; pero creo que son las mas á propósito para qui-



tar á un cristiano el amor á los viajes y el deseo de pernoctar fuera de su poco ó mucho querido hogar. Porque comienza porque un pobre caminante que ha atravesado sabe Dios con cuántas penas, unas buenas cantidades de leguas por caminos propios para serpientes; que ha sufrido los robos frequentísimos del bandolero, del hostalero y de cuantos hacen su fortuna con la desgracia de los viajeros; que viene asoleado una hora, otra bañado interior y exteriormente, otra luchando á brazo partido contra los pantanos que se empeñan en no dejarle pasar, y otra cubierto de mas polvo que los libros de una biblioteca pública; que despues de averiguar con peajeros que le cobran para los caminos que no se componen, con guardas que le trasiegan hasta entre los dientes y debajo de la lengua, con otros que le piden la licencia de armas, y que porque no se acostumbra darla en su pueblo ó por otra causa cualquiera no la tiene, emprende un artículo sumario de defensa para salvar su cautiva espalda ó sus aprisionadas pistolas; que cuando ya se ha visto en las calles de la ciudad y se cree libre de tanto peligro, se topa con que por ir buscando el rótulo de una posada, abandona la direccion de su caballo, y este que está acostumbrado á seguir la línea recta, da un empujón á un ocioso; que este pone el grito en el cielo pidiendo indemnizacion de daños y perjuicios que no ha sufrido; y finalmente, que cuando por su ventura distingue en letras gordas un rótulo que le anuncie un *Meson*, y hace que su cabalgadura dé un cuarto de conversion, salimos con que el *huésped* parado en la puerta y puesto en jarras, le dice que ya están todos los cuartos ocupados, ó que no hay caballeriza, ó que no hay agua para las bestias, ó cualquiera otra cosa que hace al paciente emprender de nuevo su marcha y con ella sus investigaciones.

Logra por fin hallar un hospedaje para él y para su conductor y compañero, y recibe con mas solemnidades

que un conquistador las llaves de una ciudad, la rasposa y raquítea llave de un *cuarto*, el cual si fuera mandamiento de la ley de Dios, mereceria ser el *noveno*; y ántes de que tome posesion de él, se encuentra con esta advertencia importante: "*No se responde de las pérdidas que pueda haber en los cuartos*," y no sabe separar la vista ya del letrado, ya de la miserable llave á cuya guarda y encomienda van ó quedar los pocos ó muchos recursos que trajo para su viaje. Es decir, que al amago de posible desbajamiento que el viajero puede sufrir, se añade la burla de entregarle una llave que parece estar en connivencia con los herederos forzosos de su fortuna, puesto que en caso ofrecido no opondrá la menor resistencia á los deseos de tan honrados visitantes.

Llega al cuarto deseoso de recobrar sus fuerzas, como que llega de un largo camino, y todo lo mas que encuentra es una tarima con el rumboso nombre de cama, pero los dos piés de ella estan apollillados, el otro está suplido con un barrote de silla, y el restante emigró á dar pábulo á un horno el dia que mejor le convino á cualquiera de los muchos que andan por allí. Una banca tosca y llena de rendijas y remiendos, y un fragmento de mesa que no tiene cubierta y le falta un pié; he aquí los ricos muebles de que se puede disponer en aquella pieza de cuatro varas en cuadro, cuyas paredes son de movimiento á causa de la poblacion numerosa que las habita, y están decoradas con un color amarillento-mezclilla, y llenas de sebo y humo por las muchas veces que han servido de candilero.

Dejados allí los aperos y maletas, busca luego el pobre caminante donde alojar su fatigada cabalgadura, y despues de atravesar un patio de muy desagradables olores, y que parece que se trata de convertir en hortaliza, segun el abono de que está cubierto, llega á las caballerizas donde tiene que ir con mas cuidado que si pisara por sobre caballos de Frisa, á consecuencia de



que ellas no solamente sirven para alojar á los pobres cuadrúpedos, sino para que los bípedos satisfagan aquellas necesidades que no se pueden hacer por apoderado.

Cuando vuelve á su cuarto salvando aquí y allá mil trincheras vivientes formadas por los cuerpos de los arrieros y los indios, y otras tantas barricadas hechas con los aparejos de un atajo ó con las mercancías de los pobre hijos de Moctezuma; cuando ha sido tan feliz que salvó sus narices y su cabeza de veinte contusiones que pudieran conseguir contra un pilar ó contra una pared, ambos invisibles por la obscuridad que reina; cuando no le interceptan su camino media docena de jumentos que cansados de la dieta en que su amo los tiene salen á proporcionarse víveres entre los desperdicios del patio; se encuentra con que su cuarto, que cerró muy bien, no pudo resistir á las caricias de algun comunista, le franqueó la entrada y sus maletas desaparecieron sin tener en cuenta la amistad de tantos años y la soledad tristísima en que con su ausencia queda su antiguo dueño. Y no hay á quién reclamar, porque contra todas esas quejas es una protesta permanente el letrero que está en la puerta: "*No se responde por las pérdidas que pueda haber en los cuartos.*" Por eso el dueño del establecimiento lo avisó anticipadamente y lo avisa todos los días con aquellas letras gordas; ninguno puede alegar ignorancia, y si le fué mal en la feria que culpe á su destino y nada mas.

—Pero señor que no han visto salir al nuevo ocupante?—Bah! entran y salen tantos, que quién se vá á fijar en los que van y vienen ó en lo que llevan y traen.—¿Pero el administrador?—Ese no tiene cuidado de la puerta sino del despacho.—Pero el *huesped*?—Ese tiene cuidado de que ninguno se vaya sin pagar, y lo demas no es de su incumbencia.—Pero el viajero no puede dejar perdido lo único que trajo para sus gastos.—"*No se*

*responde por las pérdidas que pueda haber en los cuartos.*"

No queda otro recurso que resignarse y procurar no perder lo que queda, que en verdad es empresa algo difícil; y cuando el pobre diablo se pierde en reflexiones sobre la inestabilidad de la fortuna, llega un nevero que ofrece sus refrescos á quien, aunque necesita calmarse, le faltan los recursos. El nevero para dar mas interes á su mercancía canta versos picarescos en tono desgarrador, y hay muchas veces necesidad de pagarle porque calle y se vaya, mas bien que por la nieve tibia que se le consume. Tras ese llega un vendedor de objetos de mercería que se empeña en que le compren un peine, unas tijeras, unos fosforeros; tras el *varillero* llega un muchacho con muñecos de cera, y detras de él otro con unas mancuernillas ó plumas de acero, y mas atras uno que trae paños de reboso, y otros cien, y otros mil que tratan de sacar de allí sus utilidades; y para cerrar la funcion llega una de esas sílfides nocturnas, que al mismo tiempo que no se deja ver las narices, quizá porque no las tiene, hace porque noten su presencia para ver si puede tener salida su contingente mercancía.

Para todos estos enemigos del alma y de la bolsa hay entrada franca, hay paso libre, hay tratados internacionales, y puertos sin aduanas, y costas sin guardas. Todos ellos pueden ir á esplotar á un mísero viandante, y entre ellos puede entrar con cualquier pretesto uno de los mas distinguidos discípulos de Caco que, en un abrir y cerrar de ojos, carga con lo que encuentra y deja al hombre á *tí suspiramos*, si no en un valle de lágrimas, á lo ménos en un meson lleno de plagas.

Con esto, y con darle siempre al pobre caminante lo peor que tiene la casa y lo mas caro que se puede dar, no sé como hay quien se eche por esos mundos de Dios únicamente por conocer el mundo. Todos hasta aquí han seguido la regla de los habitantes de Suiza, que so-



lamente los ricos viajan, y por tanto le aprietan sin compasion y á veces lo ahorcan, sin considerar que el pobre diablo que tiene precision de abandonar su nido, apénas lleva lo muy indispensable, y á veces ni esto.

Reasumamos: en los mesones se busca alojamiento y descanso: lo primero mal ó bien, lo da un estrecho caarto lleno de insectos cuanto vacio de muebles: lo segundo no se consigue, pero en cambio se encuentran estorbos al paso; desembarazo de maletas y de equipajes, comerciantes ambulantes que engañan al prójimo, prójimos que brindan con la enfermedad y la pobreza, posaderos que no responden por lo que se pierde en su casa, pedigüeños que huelen á los forasteros, y mozos que le quitan la cena al caballo para venderla al día siguiente al amo ó á quien la ha menester, para sus bestias se entiende; aunque no seria muy remoto, ni ménos inconducente que se la ministraran al pasajero, ya que ha cometido la torpeza de irse á chapuzar en aquellas malditas casas, que solo sirven para dar una idea de hasta dónde puede llegar la incuria cuando se la quiere cultivar.

Muchas veces en esos mismos sitios se pone otro ramo de especulacion que es el de cuidar caballos ciudadanos, quiero decir de los que sirven en la ciudad para el paseo de los *caporales de estrado*. Unas veces llaman á la tal socaliña *pension de caballos*, y bien pensados estan, puesto que les asignan doble racion de hambre y quieren que para aguzar el entendimiento se entreguen al ayuno y á la meditacion. Otras veces tienen el mayor gusto en ponerles el sonoro título de *hotel de caballos*, y eso será para hacer contraste con el pesebre de los dueños, que bien lo merecian por enviar allí esos pobres animales á compurgar con maceraciones y abstinencias lo que sus dueños solamente deben. Cobran poco es verdad; y á eso me parece que se debe atribuir el empeño de muchos para enviar á tales establecimientos

al noble animal, digno de mas cuidados y de mejor trato. El cobido y pasturas de un caballo cuesta diez y seis pesos mensuales, y de ellos el pupilo no disfruta cinco: ya ves que es muy módica la ganancia. Pero esta la ayudan los tutores de esos pobres cuadrúpedos alquilándolos de vez en vez los mas días, y á excusas del propietario. Algo han de hacer los pobrecitos para retribuirse sus afanes.

Cabalmente ahora voy á ocupar uno de esos andantes cuyo dueño no está en la corte. Me han convidado para ir á Tlampam á *jugar fuerte* en la próxima pascua, y he conseguido que por el moderado alquiler de seis duros me proporcionen un hermoso alazan en estos tres días. Adios, mi cara Bibiana: cuando vuelva te contaré qué tales estuvieron las fiestas, y qué tal trató Birjan á sus devotos. Adios.— *Caralampio*.